

# NUESTRA HISTORIA (VI): LA JUVENTUD EMPUJA



TEXTO



**Anton Iturriza**  
(Orreaga, 1949)

Montañero y cronista de montaña, ha escrito miles de artículos y una docena de libros, entre los que destaca su trilogía "Historia testimonial del montañismo vasco". Actualmente es miembro de la Fundación ENWIDA para la creación del Museo del Montañismo Vasco.

Inauguración de la estatua de San Francisco Javier en 1955 (Archivo A. Clorán)

Los tiempos oscuros de la posguerra se caracterizaron en el mundo montañero por la necesidad de retomar los caminos rotos por la contienda civil. Como reflejo de este impulso restaurador, en las décadas de los años cuarenta y cincuenta asistimos a una sucesión constante de fundaciones de clubes, cuyos socios buscaban en las montañas el aire de libertad que se les negaba en las calles.

En el terreno oficial, desde Madrid se había designado como cabeza del montañismo

vasco a un hombre de reconocido prestigio alpino y afección al régimen como era Ángel Sapeña, que iba a dirigir la ortodoxia gubernamental durante casi dos décadas.

Junto al control político, las salidas montañeras convivirán en este tiempo con un clima de religiosidad sentido o impuesto en la sociedad, que alcanzaba hasta las cimas más altas de nuestra geografía. Así, en 1951 se celebraba con una gran concentración el cincuentenario de la cruz de Gorbeia.

En Iruña, el Club Deportivo Navarra impulsó la construcción de una gran efigie de San Francisco Javier en la cumbre de Hiru Erregeen Mahaia, que fue bendecida el 16 de agosto de 1952. Poco perduró aquella esforzada manifestación de fervor católico: las ventiscas derribaron el monumento el primer invierno.

Los guipuzcoanos tampoco se quedarían atrás en este movimiento de acercar a los cielos a sus santos más venerados. El 15 de julio de 1956, en la cima de Erlu, era inaugurada otra gigantesca escultura, esta vez de San Ignacio de Loiola.

Eran testimonios de un tiempo en el que las misas de campaña y las ceremonias religiosas tenían un marcado protagonismo en las actividades de los clubes.

## AUDACIAS JUVENILES

Pero, al margen de rezos y procesiones, también se hacía montaña y, junto a las excursiones tradicionales, se apuntaban visos de que las nuevas generaciones venían con aires de renovación. Se empezaban a ver chavales que se

Última foto impresionada en la cámara de Peaña, en su camino frustrado hacia la cumbre del MontBlanc (Archivo A. Besga)





Audacias juveniles en el Duranguesado (Archivo Familia Puoyo)

metían a trepar por las paredes, supliendo con valor e inconsciencia juvenil, la carencia de conocimientos técnicos y de material.

El primer ejemplo lo habían dado unos escaladores catalanes, Caballé y Castell, cuando en 1946 escalaron el monolito de Leire. Al año siguiente, Fermín Aldaz y Víctor Manuel López, seguían sus pasos, completando la primera escalada de Peña Antxoriz. Tu vieron que ocultar, además de los útiles de escalar, sus nombres en las reseñas publicadas, para evitar las reprimendas en sus casas, convirtiéndose así a la escalada en una actividad casi clandestina.

Las paredes del Duranguesado empezaban también a atraer a jóvenes de Bilbao y Eibar y fueron escenario de las ensañaciones y apuros de esta primera generación de la posguerra. No fue antes de 1946 que se organizó en Atxarte el primer curso de escalada, para el que tuvieron que venir monitores de Madrid, porque aquí nadie sabía casi nada.

## El 21 de octubre de 1951, Saénz de Basagoitia, Arrate y Peciña culminaban una escalada que quedaría como un emblema: la arista de Txindoki

En Gipuzkoa también hervía la sangre joven de quienes no habían vivido la cruda experiencia de la guerra. Resultado de este empuje, el 21 de octubre de 1951, Saénz de Basagoitia, Arrate y Peciña culminaban una escalada que quedaría como un emblema: la arista de Txindoki.

### EL PRIMER DRAMA

Al margen de las audacias de los jóvenes en nuestras paredes y montañas, en el núcleo clásico del montañismo vizcaíno bullía desde largo tiempo un ambicioso proyecto: ascender al Mont Blanc. Finalmente, en julio de 1953, cargados de ilusiones, partían hacia Chamonix Bacigalupe, Hervías, Besga, Ugartetxe y Peciña, por entonces director de Pyrenaica.

El 18 de julio los componentes del grupo, a excepción de Hervías, llegaban hasta el pequeño refugio de Vallot. Únicamente les falta una hora y media hasta la cumbre y los vascos ceden a la tentación de continuara pesar de la amenaza inminente de una tempestad. Sólo Besga decide regresar al cobijo de Vallot. Dos días más tarde, los guías de rescate localizarán los cuerpos de los cuatro montañeros enterrados en la nieve.

La noticia provocaría en Euskadi un impacto emocional sin precedentes. Dos años más tarde, el 30 de octubre de 1955, estos sentimientos se materializaban en el monumento de Besaide. Desde entonces, el montañismo vasco llora cada año sobre esas piedras sus recuerdos más amargos.

Pero la historia sigue y, tras 17 años en el cargo, en 1967 Sopeña cedía su puesto al joven guipuzcoano Pedrotxo Otegi. Era un relevo que representaba más que un cambio nominal de titularidad. La posguerra había acabado y se abría en la sociedad y en el montañismo un tiempo nuevo.

Construcción del monumento de Besaide (Archivo Familia Puoyo)

